

Incendios

EL ENEMIGO INSACIABLE

Los incendios han dejado de ser amenazas intermitentes. En los últimos años se han manifestado como fenómenos implacables que destruyen nuestros entornos naturales. Asistimos cada vez más a estos espectáculos de desolación integrados en un círculo vicioso: las emisiones de gases provocan el efecto invernadero, y el calentamiento en la atmósfera las condiciones para una mejor combustión. Y si esto ocurre en el hábitat natural, las amenazas en el urbano obligan a un cambio de mentalidad en las administraciones públicas: no basta con ampliar los medios. Hacen falta, también, instrumentos más eficaces para su prevención. «Para detectar el humo hay que entenderlo», según un experto en la materia. No es suficiente con redoblar esfuerzos. Tenemos que ser más persuasivos y sutiles en la lucha. Más conscientes del peligro. Más innovadores. Hay que investigar más. Y avanzar en la legislación.



Cordonpress

Las catástrofes del fuego se han contemplado siempre a distancia y con cierto complejo de impotencia en la gran mayoría de las naciones desarrolladas (el problema es aún más acuciante en las

naciones en vías de desarrollo, sin recursos para reaccionar), tal vez por el carácter desigual y arbitrario del fenómeno, o por su incierta causalidad. Cuando el mal llega con la virulencia que acostumbra en los últimos años, nos co-

ge de sorpresa. Se dispone de muy poca capacidad de maniobra para poder reaccionar. No es suficiente la ayuda de los demás. Sirvan de demostración los ejemplos de los incendios de hace dos años en Portugal y Galicia, los más recientes en Canarias o la catástrofe ecológica causada por el fuego el verano pasado en Grecia.

Ha sido el aumento de los desastres, la multiplicación de los daños, tanto de destrucción de bienes como la pérdida de vidas humanas, lo que ha originado el cambio hacia la alerta máxima de los organismos internacionales, especialmente de las Naciones Unidas a través de la FAO.

Es evidente que el fuego es parte de la vitalidad de nuestro ecosistema, pero cuando se usa como herramienta de ordenación del territorio resulta impres-



Cordompress

incendible conocer su comportamiento, y esto no ocurre. El fuego se ha convertido en un agente destructivo de primera magnitud que altera nuestro sistema ecológico y la actividad de los procesos biológicos y bacterianos. Su capacidad destructiva supera a la que ejerce el hombre para defenderse. En España, sin ir más lejos, la media de incendios en los últimos seis años duplica a la que se registró en la década de los ochenta del pasado siglo. Y sigue creciendo.

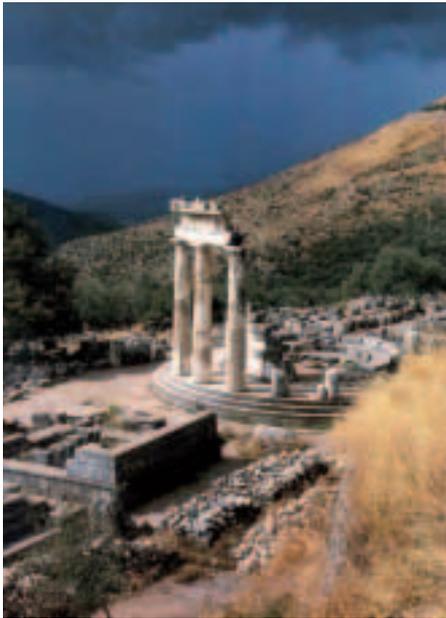
El cambio climático agrava la situación. Y ha dejado de ser una conjetura que también el cambio climático es la principal causa de que en Latinoamérica ardan cada año 23 millones de hectáreas. Los incendios invaden el pulmón del Amazonas. Sin embargo, sólo 14 de los 44 países que integran la zona tienen registros sobre tales incidencias, lo que equivale a que la mayoría de las nacio-



Para combatir los incendios hay que cooperar más, legislar mejor y destinar mayores recursos a la búsqueda e investigación de sistemas de detección y prevención del fuego, para dominarlo antes de que actúe

nes que sufren tales devastaciones apenas conocen el mal en su propia piel. Por otra parte, existen muy pocas organizaciones administrativas o políticas –o de cualquier signo– con opciones de intervenir en estos asuntos. Las denuncias internacionales apenas encuentran eco en los escasos foros donde se abordan estos temas.

De vez en cuando, sin embargo, se encienden luces de esperanza. En 2005, el



Comité Forestal de la FAO, dependiente de las Naciones Unidas, clamó en Roma por una mayor cooperación internacional. Se ha diseñado una estrategia de colaboración, pero, tal como se reconoció el pasado año en un congreso celebrado en Madrid, «sólo se trata de un punto de partida». Por algo se empieza. Y, desde luego, los países más sensibles ante el problema –que son los que menos lo sufren– se están moviendo. Sus iniciativas ponen al descubierto nuevas paradojas: sólo unos pocos países pueden aplicar los conocimientos que se derivan de la información facilitada por los satélites que vigilan las incidencias en la corteza terrestre.

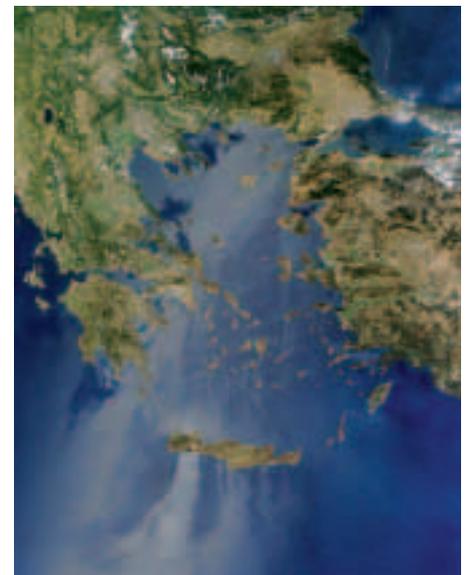
La cooperación internacional es, desde luego, prioritaria para afrontar un problema que se recrudece cada año. Pero también lo es arbitrar planes de formación y educación para que las crecientes amenazas del fuego a la seguridad del planeta calen en los tejidos sociales. Lamentablemente, estos planes de concienciación ponen de manifiesto nuevamente las enormes diferencias existentes entre países, esto es, el muro que separa las políticas más sensibles en la materia de las que no existen.



Las imágenes de una Grecia ardiendo por sus cuatro costados en el verano de 2007 son en sí mismas ilustrativas de las catástrofes provocadas por el fuego

Esas diferencias pueden extrapolarse a las tragedias que provoca el fuego en los entornos urbanos, edificios y transportes. También en este marco se registra un movimiento de sensibilización del problema en los países más avanzados que se sustancia en proyectos y planes legislativos y de formación, de investigación e innovación. En España, el Código Técnico de la Edificación, aprobado en 2006, parece haber puesto definitivamente un acento de cordura y equilibrio en la hasta ahora compleja y enrevesada estructura normativa contra incendios. También los movimientos de alerta se aprecian en las aulas universitarias. En algunos centros ya se imparten cursos especializados en ingeniería contra incendios.

Algunos expertos han apuntado que ese camino de la especialización técnica, junto al de investigación e innovación, es el que abre las puertas a la esperanza. Las nuevas iniciativas entrañan la obligación de que las administraciones públicas destinen muchos más recursos



e incentivos al capítulo de combatir la destrucción que los incendios causan en nuestros entornos naturales y urbanos. Ello implica, por añadidura, admitir que muchos de esos recursos tendrían que orientarse de manera prioritaria hacia la búsqueda e investigación de sistemas de detección –de prevención, en definitiva– del fuego, para dominarlo –«entenderlo», como diría el experto– antes de que pueda actuar. Llegados a este extremo –el elevado coste de estos trabajos– convendría resaltar, una vez más, que nunca tales experimentos y esfuerzos podrían equipararse al valor del daño que causan las voraces e insaciables llamas que nos asolan. ♦